

AL MARGEN DEL AMBIENTE LITERARIO

Las escuelas literarias que no se apoyan en un sólido fundamento estético son siempre de un vivir efímero. No quiero significar con ello que sean absolutamente percederas y que el tiempo se las ha de llevar sin dejar la más insignificante huella de su paso. Suele haber en ellas algo de permanente que con el andar de los años se desprende del resto, y entonces los críticos de visión clara lo extraen de entre las cenizas que alentaron la deslumbradora llama de un día.

Acontece en asuntos atañedores a escuelas de arte, como en todo asunto, que son siempre los fanáticos los que descomponen la forma desviando la corriente espiritual por los cauces más imprevistos. Indiferentes a toda crítica, arrasan con lo existente al par que crean una nueva manera. Nada importa que el resultado responda o no a una elevada concepción artística, lo fundamental es que sea nuevo. Y a veces sucede con estos pertinaces buscadores de novedades que llegan a descubrir cosas ha mucho tiempo descubiertas; es lo que sucedió con los inventores del mal llamado verso libre.

Un juvenil afán de originalidad suele llevar a muchos hombres inteligentes a derrochar su talento en trabajos insubstanciales. La originalidad no puede ser nunca norma exclusiva para la realización de un ideal estético. Las elevadas manifestaciones del arte puro hechas con honradez intelectual, son siempre originales porque trasuntan la fisonomía recóndita del alma del artista. Y son así puesto que la originalidad es inherente a la obra misma; viene diluída en su esencia y es por lo tanto inseparable de ella: algo así como la fragancia en las flores o el color en las cosas. Y por lo mismo que es algo

natural e inconsciente, no se tiene en cuenta en el instante de la concepción. De ahí que cuando se la tome como finalidad no sea más que un falso reflejo, que engañando al artista, lo hace desviar de la verdadera ruta, de la ruta donde el corazón alumbraba como una lámpara, según lo dijera el cantor de Evangelina. La originalidad como objeto, como fin del arte, engendra tan solo obras falsas por lo artificiosas; carecen de la espontaneidad que trae en sí el fuego sagrado del alma e infunde a lo creado un cálido soplo de vida. Productos de la alquimia cerebral, no vibra en ellas la onda emotiva, y como esas plantas que nacen en la sombra, llevan en la hermosa palidez de su pigmento el sello fatal de su destino.

*

* *

Cuando nuestros poetas, atraídos por la sirena simbolista, y al amparo de los númenes revolucionarios de Francia—a cuyas riberas los transportara la barca opulenta de Darío—se esforzaban en el remedo de los ritmos extravagantes, de los epítetos violentos y de las ideas exóticas, raro fué el escritor que se alejara de los senderos trillados para extraer de las fuentes eternas la savia inmortal, preferida por los espíritus selectos que anhelan sobrevivir a las escuelas transitorias.

Cundía en nuestro ambiente literario ese soplo rebelde que levantaba la frente de los jóvenes poetas, y con arrogancia pueril les hacía arrojar al olvido toda norma preceptiva. Con el afán de encauzar la “nueva sensibilidad” ensayaban formas caprichosas, sometiendo el verso a toda clase de torturas. En mala hora el admirable cantor de “Sagesse” echaba a volar su concepto de la poesía, en aquella frase que fuera luego tan traída y llevada por los livianos rimadores de la decadencia; y como si ello no fuera bastante, Rubén Darío, para mayor desventura, nos hace oír la armoniosa risa de la marquesa Eulalia. La música fué desde entonces la estrella de los poetas, y en el afán de alcanzarla, lamían y relamían la forma, soñaban con el siglo XVIII de Francia, exuberante de princesas danzando al ritmo de las pavanas y de las gavotas; y así la sensibilidad iba perdiendo vigor a trueque de refinamiento. El numen languidecía en ese ambiente de fragancias extem-

poráneas. En su amor por la danza en los salones de Luis XV había perdido la aptitud para el vuelo soberano en la inmensidad de las noches estrelladas, y en la contemplación de los paisajes de Wateau, el alma del artista había perdido la capacidad para abarcar los vastos rumores que se levantarán un día de las vírgenes selvas de Chateaubriand.

Todas las nobles virtudes que son prestancia de las almas superiores, se habían desvanecido. El estudio reposado que aquilata el saber, la frecuencia de las grandes páginas del pensamiento y de los poemas inmortales, eran el solitario templo al que tan solo acudían un reducido número de oficiantes. El humanismo, flor del Renacimiento, era senda demasiado escabrosa para aquella juventud vagabunda, veleidosa y gárrula, que a toda costa quería volar sin advertir que carecía de alas. Se quedaba contemplando la propia melancolía,

E il piacer de mirarla era celeste.

En aquel ambiente se escribieron esos libros empalagosos, como los que fustigara Carducci en su tierra, diciendo que tan solo sirven para distraer los ocios de las camareras sentimentales. Nuestros poetas creyeron en el sagrado aliento de las musas, tomaron al pie de la letra aquello de que el poeta nace... y en vano aguarlaron el celeste fuego de la inspiración. Olvidaron que los maestros del simbolismo habían llegado al nuevo país del arte después de doblar las cumbres de las viejas montañas: conocían los idiomas clásicos y se habían empapado en las aguas eternas de las grandes culturas. La armonía y el pensamiento de griegos y latinos habían dejado su voz perenne bajo el ropaje de las formas transitorias. Jules Laforgue había respirado en las auras germánicas el amor por la alta disciplina filosófica; Paúl Verlaine contempló el mundo del arte desde las colinas romanas, y en su peregrinar por las tierras de Milton, cuando la vida le fué cruel, defendióse enseñando el idioma de Horacio; Stéphane Mallarmé estaba poseído de una gran curiosidad irtelectual y exponía con pasión la estética hegeliana que le sirvió de plinto para levantar la propia estética; y el mismo Rubén Darío no habría dado al idioma esa flexibilidad de onda clara, sino hubiera escuchado el secreto de la lengua en el rumor sereno y hondo de los clásicos castellanos. Su juventud laboriosa le

llevó a catar los añejos vinos, y en ellos halló la oculta esencia que había de ser la sustancia fundamental de su fibra posterior.

Pero nuestros jóvenes que no vieron en Verlaine más que al desdichado peregrino de las tabernas, y en Darío al bohemio de las rimas galantes, se refugiaron bajo el ala de la fantasía, aguardando no sé qué pájaro azul que había de anunciarles el venturoso advenimiento de la gloria. Y esta ave quimérica les fué tan fiel a los moradores de nuestro parnaso como el cuervo del Arca bíblica.

*
* *

Èse continuo tañer en una misma y desafinada cuerda terminó por cansar a los espíritus y ser la causa de una reacción brusca. Al desembarazarnos del refinamiento neo-simbolista caímos en brazos de un realismo un tanto pueril. El desventurado Evaristo Carriego da los primeros pasos en esta nueva senda. El ya no ha de cantar a la marquesa Eulalia, sino a la obrerita del arrabal; no cantará a las flores extrañas que en otros tiempos exornaron por un instante el fausto palatino, ni remontará la corriente de los años para despertar en los viejos nidos la lengua de los ruiseñores muertos. La musa que le inspira es más humilde y más humana: tiene la encantadora sencillez de las florecillas silvestres y la serena cordialidad de las almas nobles. Su poesía peca con frecuencia de prosaica, pero sin embargo la redime una llama interior, idealista y sentimental, que pone un ansia de amor y de belleza aun allí donde el cansancio de vivir quiebra las alas a la inspiración propicia. Las cosas más sencillas, cuando llega a iluminarlas el sentimiento de un verdadero poeta, se transfiguran y trascienden la emoción de su belleza oculta. Èso es lo que hizo Carriego: en el tono dulcemente elegíaco de sus poemas cantó la vida olvidada y triste de la gran metrópoli; levantó, engalanada en la armonía del verso y ennoblecida en la emoción poética, la mujer pálida y silenciosa a quien la vida le anticipa el ocaso, desvaneciéndose como las rosas crepusculares, en un lánguido aroma de sonriente resignación.

Èsta reacción realista puede decirse que se extinguió con

la voz del poeta que la iniciara. Si se la acogió con simpatía no fué seguida con entusiasmo. Sólo en estos últimos tiempos, aunque con un matiz diverso, vuelve a retoñar en la obra de Fernández Moreno (1) y la pléyade lamentable de sus discípulos, insignificantes copleros empeñados en rebajar el noble concepto de poesía. La manera poética cultivada por el autor del "Intermedio Provinciano", es tan sencilla que a todos ha parecido fácil de ser imitada, y cuanto escritorzuelo existe por estas tierras, ha dado en la tarea de rimar tonterías con una seriedad y suficiencia, como si aguadara el momento de trasponer los umbrales del Paraíso llevado por la mano angelical de Beatriz. Desde luego, no debe cargar el maestro con la culpa de que le hayan salido discípulos tan zopencos; aunque bien pudieran éstos, para justificar sus extravíos, esgrimir en más de una ocasión las chabacanas estrofas de aquél. Porque en este caso, como en el de los discípulos de Darío, sucede que se imita lo peor, lo más pueril y más defectuoso, precisamente porque es lo más fácil de ser imitado. Pero esa es la corona de espinas que ha debido ajustar a su frente todo espíritu que se haya levantado sobre el horizonte de la vulgaridad. De estos imitadores de Fernández Moreno no se puede esperar absolutamente nada, son simples repentistas que carecen de la más superficial cultura estética. El tiempo se los llevará al olvido y sólo se ha de salvar el iniciador de la escuela, después que los críticos aventen la abundante paja que hay también en su cosecha.

*

* *

Hoy reina en materia literaria la más completa desorientación. Andamos a tientas en la sombra sin acertar con la ruta definitiva. Acostumbrados como estábamos a seguir el ritmo de la producción europea, lógico era que el extravío de allende repercutiera en la literatura de aquende. Los literatos europeos andan a la busca de novedades que llamen la atención del público. Y para llegar a ello no escatiman extravagancia de for-

(1) Entre Fernández Moreno y Carriego hay un núcleo distinguido de poetas como Banchs, Marasso Rocca, Capdevila, Arrieta, etc., de quienes me ocuparé en una obra que tengo en preparación. Es posible que agregue también un trabajo sobre Lugones y Rojas.

ma ni sensualismo de fondo. Es una orgía de exotismo de la que ha huído definitivamente el buen gusto. Una exuberante floración de “ismos”, (dadaísmo, futurismo, creacionismo, etc., etc.) escuelas que carecen del más elemental fundamento estético, ha surgido especialmente en tierras de Francia, al amparo de espíritus endebles que han perdido el vigor para empresas de mayor aliento. Todo ello no es más que el fruto desabrido que nos brinda la decadencia de la alta cultura. Únicamente el retorno a las páginas inmortales podrá devolver a los espíritus la serenidad cálida de armonía y sabrosa de pensamiento. Sólo podrá redimirnos de este infierno de banalidades “il lungo studio e il grande amore”, que grabara en la montaña de su Comedia la mano firme del gran florentino.

HÉCTOR RIPA ALBERDI.

La Plata, 1º de enero de 1921.